

PARTE **1**

**EL SECRETO DE LA PRESENCIA
PERMANENTE**

LA PRESENCIA PERMANENTE

*Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el fin del mundo (Mateo 28:20).*

Cuando el Señor escogió a Sus 12 discípulos, lo hizo *para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar* (Marcos 3:14). Una vida en comunión con Él, los preparó para el trabajo de la predicación.

Como los discípulos eran tan profundamente conscientes de este gran privilegio, cuando Cristo habló de Su partida para ir con el Padre sus corazones se entristecieron mucho. La presencia de Cristo se había vuelto indispensable para ellos; no podían imaginar lo que sería vivir sin Él. Para consolarlos, Cristo les dio la promesa del Espíritu Santo asegurándoles Su presencia celestial de una forma mucho más profunda e íntima de lo que hasta ahora habían experimentado en la tierra. Su primer llamado, es decir, una comunión inquebrantable con Él como el secreto de su poder para predicar y testificar, permaneció intacto.

Cuando Cristo les encomendó la Gran Comisión de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura, añadió estas palabras: *...estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo* (Mt. 28:19-20).

El mismo principio aplica para los siervos del Señor en todos los tiempos: sin la experiencia de Su presencia con nosotros, nuestra predicación no tiene poder. El secreto de nuestra fortaleza es un testimonio vivo de que Jesucristo está con nosotros todo el tiempo inspirándonos, dirigiéndonos y fortaleciéndonos. Esto fue lo que hizo a los discípulos tan

audaces para predicar acerca del Crucificado en medio de Sus enemigos. Ni por un momento lamentaron Su ausencia corporal porque Él estaba con y dentro de ellos, en el divino poder del Espíritu Santo.

Toda la obra del ministro y del misionero depende de que éstos sean conscientes, a través de su fe viva, de la presencia permanente del Señor en ellos, como Sus siervos. La experiencia real de la presencia de Jesús es una condición esencial para predicar el Evangelio. Si esta experiencia no es clara, el trabajo se convierte en un esfuerzo humano, sin la frescura y el poder de la vida celestial. Lo único que puede devolver el poder y la bendición a la predicación del Evangelio es regresar a los pies del Maestro de manera que pueda infundir en el corazón, mediante el poder divino, Su palabra de bendición. *¡Estoy con vosotros todos los días!*



LA OMNIPOTENCIA DE CRISTO

...toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra

(Mateo 28:18).

Antes de que Cristo le encomendara a Sus discípulos la Gran Comisión de llevar Su Evangelio a cada criatura, les reveló Su divino poder como un compañero que era *Dios mismo*, el Todopoderoso. La fe en esta verdad fue lo que permitió a los discípulos asumir la tarea con toda sencillez y denuedo. Comenzaban a conocerlo por el gran poder de la resurrección que había conquistado el pecado y la muerte. No había nada demasiado grande que Él no pudiera dirigir ni que ellos fueran incapaces de emprender.



Cada discípulo de Jesucristo que desee hacer parte de la victoria que vence al mundo, necesita tiempo, fe y al Espíritu Santo para convencerlo de que como siervo del Señor Jesús omnipotente, debe participar en la obra. Necesita considerar, literalmente, la experiencia diaria de ser *fortalecidos en el Señor y en el poder de su fuerza* (Efesios 6:10). La promesa nos da el valor necesario para obedecer el mandamiento que está implícito en ella.

¡Sólo pensemos en lo que los discípulos conocían acerca del poder de Cristo Jesús aquí en la tierra! Sin embargo, esto era algo pequeño comparado con las grandes obras que llevaría a cabo en y a través de ellos (Juan 14:12). Él tiene el poder para obrar aun en el más débil de Sus siervos con la fortaleza del Dios todopoderoso, es decir, cuenta con el poder sobre cada enemigo, cada corazón humano y cada dificultad y peligro.

Pero recordemos que este poder nunca es dado para que lo experimentemos como si fuera propio. Es solamente Jesucristo quien como una persona viva que habita y obra con Su poder divino en nuestros corazones y en nuestras vidas, puede suministrar el poder que necesita nuestra predicación y nuestro testimonio personal. Cuando Cristo le dijo a Pablo: *...mi poder se perfecciona en la debilidad* (2ª de Corintios 12:9), Pablo pudo expresar lo que nunca había podido: *... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte* (12:10). Cuando el discípulo de Cristo comprende que todo el poder le ha sido encomendado a Jesucristo, por el Padre, para recibirlo de Él hora tras hora, sentirá la necesidad y experimentará el poder de aquella preciosa palabra: *...estoy con vosotros todos los días...* Yo, el Todopoderoso (Mateo 28:20).



LA OMNIPRESENCIA DE CRISTO

...*ve, porque yo estaré contigo...* (Éxodo 3:12).

Lo primero que piensa la mente humana cuando imagina un dios es en el poder, sin embargo, ese poder es limitado. En cambio, el primer pensamiento acerca del verdadero Dios es Su Omnipotencia: *Soy el Dios Todopoderoso*. El segundo pensamiento que enseña la Escritura es Su Omnipresencia. Dios promete a Sus siervos que Su presencia invisible está con nosotros. A su: *Estoy con ustedes*, la fe de ellos responde: *Estás con nosotros*.

Cuando Cristo les dijo a Sus discípulos: *Toda potestad (autoridad) me es dada en el cielo y en la tierra* (Mateo 28:18), inmediatamente continuó con la promesa: *Yo estoy con vosotros todos los días* (28:20). El Omnipotente es, con seguridad, el Omnipresente.

El escritor del Salmo 139 habla de la omnipresencia de Dios como algo que supera su entendimiento: *Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender* (139:6).

La revelación de la omnipresencia de Dios en la humanidad de Cristo Jesús, hace aún más profundo este misterio. También hace que la gracia que nos habilita para pedir apropiadamente, es decir, que esa presencia sea nuestra fuerza y nuestro gozo, como una bendición inexpresable. Sin embargo, a veces un siervo de Cristo puede encontrar dificultad para comprender todo lo que implica esta promesa y cómo se puede convertir en su experiencia diaria.



En este, como en cualquier otro aspecto de la vida espiritual, todo depende de la fe, es decir, aceptar las palabras de Cristo y confiar en el Espíritu Santo para que sea real a cada momento. Cuando Cristo dice *siempre* (literalmente, *todos los días*), nos asegura que no tenemos por qué pasar un solo día de nuestra vida sin esa bendita presencia. Y *todos los días* implica, también, *todo el día*; así que no hay razón para estar ni un solo momento sin esta presencia. No depende de lo que hacemos, sino de lo que Él hace. El Cristo omnipotente es el Cristo omnipresente; el Dios que siempre está presente es el mismo Dios eterno, el que nunca cambia. Por la seguridad que tenemos en cuanto a que Él no cambia, podemos tener la certeza de que Su presencia, el poder de la vida eterna, estará con cada uno de Sus siervos que confían en Él. Nuestra actitud debe ser la de una fe que espera en silencio; humilde y dependiente de la Palabra. *Guarda silencio ante el Señor, y espera en Él...* (Salmo 37-7).

...yo estoy con vosotros todos los días... (Mateo 28:20b). Que nuestra fe en Cristo, el omnipresente, tenga la confianza de que todos los días y a cada momento Él nos guarda como a la niña de Sus ojos, en perfecta paz, y disfrutando plenamente la luz y la fortaleza que necesitamos mientras le servimos.



CRISTO EL SALVADOR DEL MUNDO

...sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo (Juan 4:42).

Con las palabras omnipotencia y omnipresencia denominamos los atributos naturales de Dios. Ellos tienen su verdadero valor solamente cuando están inspirados y unidos

con Sus atributos morales, es decir, Su santidad y Su amor. Cuando nuestro Señor dijo que le había sido dado todo el poder en la tierra y en el cielo (omnipotencia) y Su presencia en cada uno de Sus discípulos (omnipresencia), Sus palabras señalaban lo que es la raíz de todo: Su divina gloria como el Salvador del mundo y Redentor de los hombres. Debido a que se humilló y obedeció hasta la muerte en la cruz, Dios lo exaltó hasta lo máximo. Jesucristo como hombre compartió los atributos de Dios porque en Su perfecta obediencia a la voluntad de Dios alcanzó la redención del hombre.

Esto es lo que le da significado y valor a lo que Él dice acerca de sí mismo como el omnipotente y el omnipresente. Al mencionar estos dos atributos Él da el mandato de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio, enseñando a los hombres a obedecer todo lo que se nos ha ordenado. Como el Redentor que nos salva y guarda del pecado, el Señor, es decir, Cristo demanda obediencia a todo lo que nos ha ordenado y promete que Su divina presencia estará con Sus siervos.

Entonces, es un hecho que solamente cuando Sus siervos evidencian con sus vidas obediencia a todos Sus mandamientos, es cuando podemos esperar que la fuerza de Su poder y Su presencia esté con nosotros. Sólo cuando somos testigos vivos de la realidad de Su poder para salvar y para guardar del pecado, es cuando podemos experimentar Su presencia permanente y el poder para entrenar a otros en una vida de obediencia tal como Él manda.

Es Jesucristo, quien salva a Su pueblo del pecado y le permite decir: El hacer Tu voluntad, Dios mío, me ha agradado..., ante lo cual Él dice: *Siempre estoy contigo*. La presencia permanente del Salvador del pecado es una promesa



para todo aquel que lo haya aceptado con Su poder redentor y que haya dado ejemplo con Su vida tanto como con Sus palabras de lo maravilloso que es el Salvador.



CRISTO CRUCIFICADO

Pero lejos esté de mí gloriarme, sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo (Gálatas 6:14).

La mayor gloria de Cristo es Su cruz. Fue en ella donde Él glorificó al Padre y el Padre lo glorificó a Él. En aquel maravilloso capítulo 5 de Apocalipsis es el Cordero inmolado que está en el trono, quien recibe la alabanza de los que han sido rescatados, de los ángeles y de toda la creación.

Sus siervos han aprendido a decir: *Pero lejos esté de mí gloriarme, sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo (Gálatas 6:14).* ¿No sería lo más razonable, entonces, que la mayor gloria de Cristo sea también la nuestra?

Cuando el Señor Jesús les dijo a Sus discípulos: *yo estoy con vosotros todos los días*, era el crucificado, el que les había mostrado Sus manos y Sus pies; quien les hacía esta promesa. Y para cada persona que busca asir Su promesa, es de suma importancia reconocer que el Jesús crucificado es quien ofrece estar con nosotros cada día.

¿Será que una de las razones por la que encontramos que es tan difícil experimentar y disfrutar Su presencia permanente es porque no nos gloriamos en la cruz en la cual hemos sido

crucificados para el mundo? Hemos sido crucificados con Cristo;...*nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Él...* (Romanos 6:6). ...*los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos* (Gálatas 5:24). Sin embargo, muy poco hemos aprendido en cuanto a que el mundo ha sido crucificado para nosotros y que somos libres de Su poder. Qué poco hemos aprendido aquellos que hemos sido crucificados con Cristo, a negarnos a nosotros mismos, a tener el sentir que tuvo Cristo cuando se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo, se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2:7-8).

Aprendamos la lección que encontramos en el Cristo crucificado que camina con nosotros cada día y en cuyo poder nosotros también podemos vivir una vida que puede declarar: *Con Cristo estoy juntamente crucificado...* El Cristo crucificado vive en mí.



CRISTO GLORIFICADO

...porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará...
...estos son los que siguen al Cordero por donde quiera que va...
(Apocalipsis 7:17; 14:4).

¿Quién es el que dice: *Yo estoy con vosotros?* (Mateo 28:20) Si Él prometió estar con nosotros a lo largo del día, debemos tomar tiempo para conocerlo, de manera que comprendamos lo que debemos esperar de Él. ¿Quién es Él? ¡No es otro, sino el Cordero que fue inmolado y está en medio del trono! El Cordero en Su más profunda humillación ahora está en el trono en la gloria de Dios y personalmente quien nos invita



a tener comunión íntima con Él y a parecerme cada vez más a Él.

Necesitamos tiempo y pedirle a Dios que haga brotar de nosotros una profunda reverencia para alabarlo y adorarlo a fin de comprender completamente que aquel que habita en la gloria del Padre, ante quien todos los cielos se postran en adoración, es quien ofrece ser nuestro compañero y guiarnos como un pastor; un pastor que cuida a cada una de sus ovejas, de manera que sea uno de aquellos que sigue al Cordero a donde quiera que va.

Lea y relea el maravilloso capítulo 5 de Apocalipsis hasta que su corazón se inunde con este increíble pensamiento: Todos los cielos se postran, los ancianos colocan sus coronas ante el trono y el Cordero reina en medio de las alabanzas y el amor de Sus redimidos y de toda la creación.

Si este es el Dios que ofrece caminar conmigo diariamente, ser mi fortaleza, mi gozo y mi protector todopoderoso, con seguridad no puedo esperar que Su presencia esté conmigo a menos que rinda mi corazón a Él con una reverencia más profunda, si es posible, y que rinda mi vida en alabanza y servicio como lo merece el amor que me ha redimido.

El Cordero en el centro del trono es la personificación del amor y la gloria omnipotente del Dios eterno. Con este Cordero de Dios como Su pastor todopoderoso y Su fiel protector, los pensamientos y las preocupaciones de la vida no tienen por qué prevalecer y separarnos de Su amor ni por un solo instante.



LA GRAN PREGUNTA

...¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor
(Mateo 9:28).

Si puedes creer, al que cree todo le es posible. E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad (Marcos 9:23-24). Jesús dijo: El que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá... ¿Crees esto? Ella le dijo: Si, Señor, creo (Juan 11:25-27).

Después de lo que hemos visto y oído acerca de Jesucristo, nuestro corazón está listo para responder a Su pregunta, para responder como Marta: *Si, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* Pero cuando llega el momento en que debemos creer la promesa de Cristo acerca del poder de una vida resucitada, es decir, de Su presencia permanente diariamente, y a lo largo del día, no vemos que sea tan fácil decir: “Creo que este Cristo, omnipotente, omnipresente, inmutable, nuestro Dios redentor, caminará conmigo durante todo el día y me hará consciente permanente de Su santa presencia”. Esta parece ser una declaración demasiado dura, sin embargo, esta es justamente la fe que Cristo demanda y que está esperando para obrar en nosotros.

Es necesario que comprendamos claramente las condiciones bajo las cuales Cristo ofrece revelarnos el secreto de Su presencia permanente. Dios no puede forzar Sus bendiciones hacia nosotros en contra de nuestra voluntad. Él busca, por los medios posibles, despertar nuestro deseo y nos ayuda a comprender que Él está dispuesto y desea cumplir Sus promesas. La resurrección de Cristo es Su gran pretexto, su



argumento predominante. Si Él pudo resucitar a Cristo quien murió llevando nuestros pecados y nuestra culpabilidad, con seguridad que Él puede también, ahora que Cristo ha conquistado la muerte y es nuestra resurrección y nuestra vida, llenar nuestros corazones con la promesa de que Cristo está con nosotros y en nosotros de manera que Él mismo es nuestra vida a lo largo de todo el día.

Entonces ahora viene la gran pregunta: De acuerdo con lo que hemos dicho y visto acerca de Cristo como nuestro Señor, como nuestro Dios redentor, ¿estamos dispuestos a tomar Su palabra con toda sencillez en su completo significado divino y descansar en la promesa: “yo estoy contigo durante todo el día?” La pregunta nos la hace Cristo individualmente: “¿Crees esto?” Descansemos solamente cuando nos hayamos postrado ante Él, diciéndole: “Si, Señor, yo creo”.



CRISTO SE MANIFIESTA A SÍ MISMO

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él (Juan 14:21).

Cristo les prometió a Sus discípulos que el Espíritu Santo vendría para revelarles Su continua presencia con ellos. Cuando el Espíritu vino, Cristo se manifestó a ellos por medio del Espíritu. Ellos lo conocieron de una manera nueva, divina y espiritual; lo conocieron en el poder del Espíritu y lo tuvieron con ellos de una manera mucho más íntima y permanente como nunca antes la habían tenido sobre la tierra.

La condición para que Él se revelara a sí mismo está comprendida en la palabra amor: *El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré.* Es aquí donde se encuentran el amor divino con el humano. El amor con el que Cristo los amó había inundado Sus corazones y se manifestaba en un amor caracterizado por una obediencia total y absoluta. El Padre vería esto y Su amor reposaría sobre esa alma. Entonces Cristo lo amaría con el amor especial que brotaría de Su amoroso corazón y se manifestaría Él mismo. El amor del cielo se derramó en el corazón y se encontró con una revelación nueva y bendita de Cristo mismo.

Pero esto no es todo. Cuando la pregunta que hacemos es: *Señor, ¿cómo te manifestarás a nosotros?* (Jn.14:21), la respuesta viene al repetir las palabras: *El que me ama, mi palabra guardará;* y nuevamente: *Mi Padre le amará, y vendremos a Él, y haremos morada con Él* (Jn.14:23). De esta manera, en ese corazón preparado por el Espíritu Santo que muestra obediencia por amor mediante una vida completamente entregada, morarán el Padre y el Hijo.

Y ahora, no es nada menos a esto lo que Cristo les prometió: *...yo estoy con vosotros todos los días.* *Con,* implica *en,* es decir, Cristo con el Padre morando en el corazón por la fe. Mi deseo es que todo aquel que quiera vivir el secreto de la presencia permanente, *estoy con vosotros todos los días,* estudie, crea y reclame con sencillez la promesa: *Me manifestaré a él.*